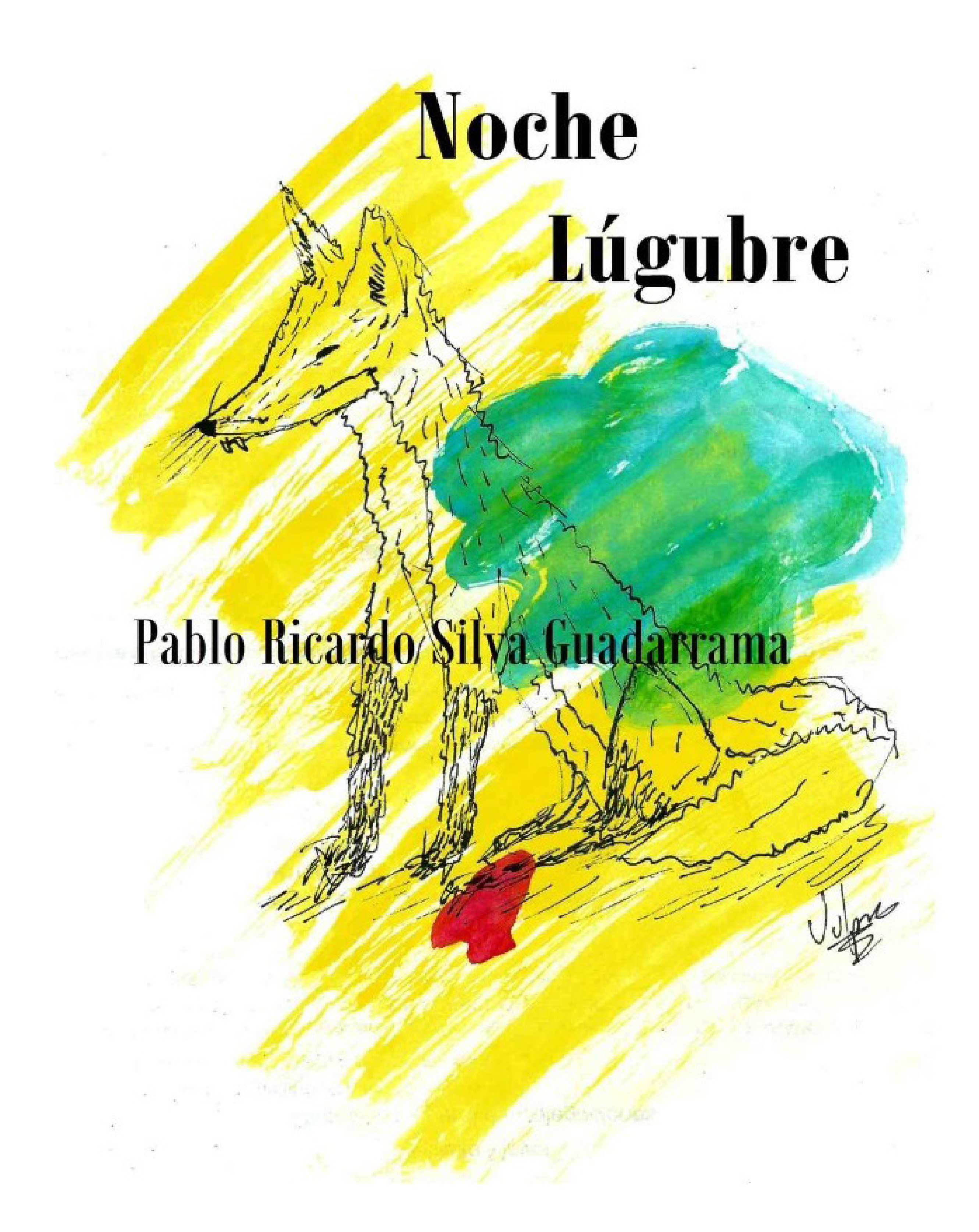
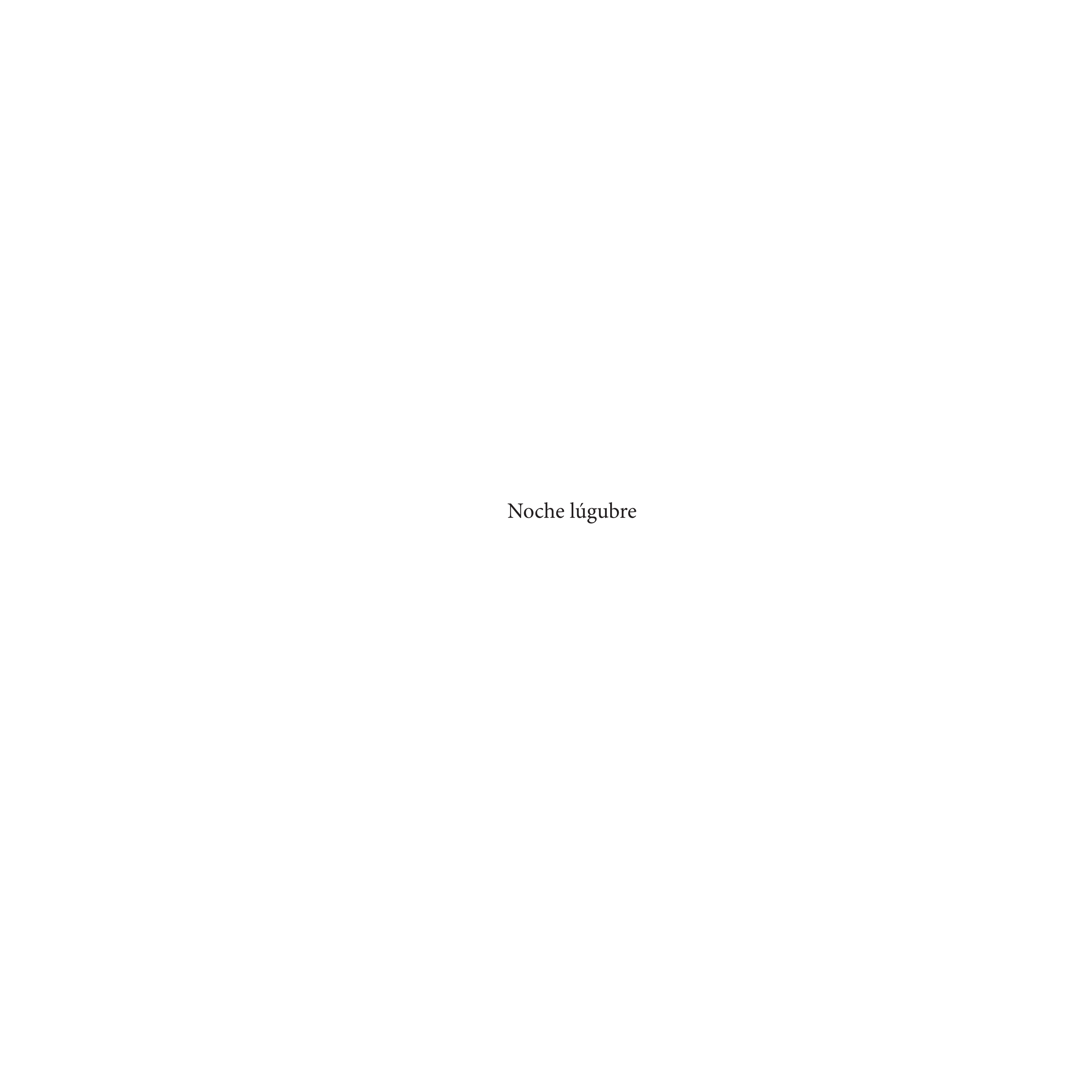
Durante una noche, los recuerdos de infancia invaden a una mujer. La fantasía, amistad, las travesuras y el dolor llegan a ella.

Será una noche lúgubre, llena de terroríficas ilusiones y de efímeras verdades.

Una historia ilustrada para entender las sensaciones causadas por la muerte.





Noche lúgubre

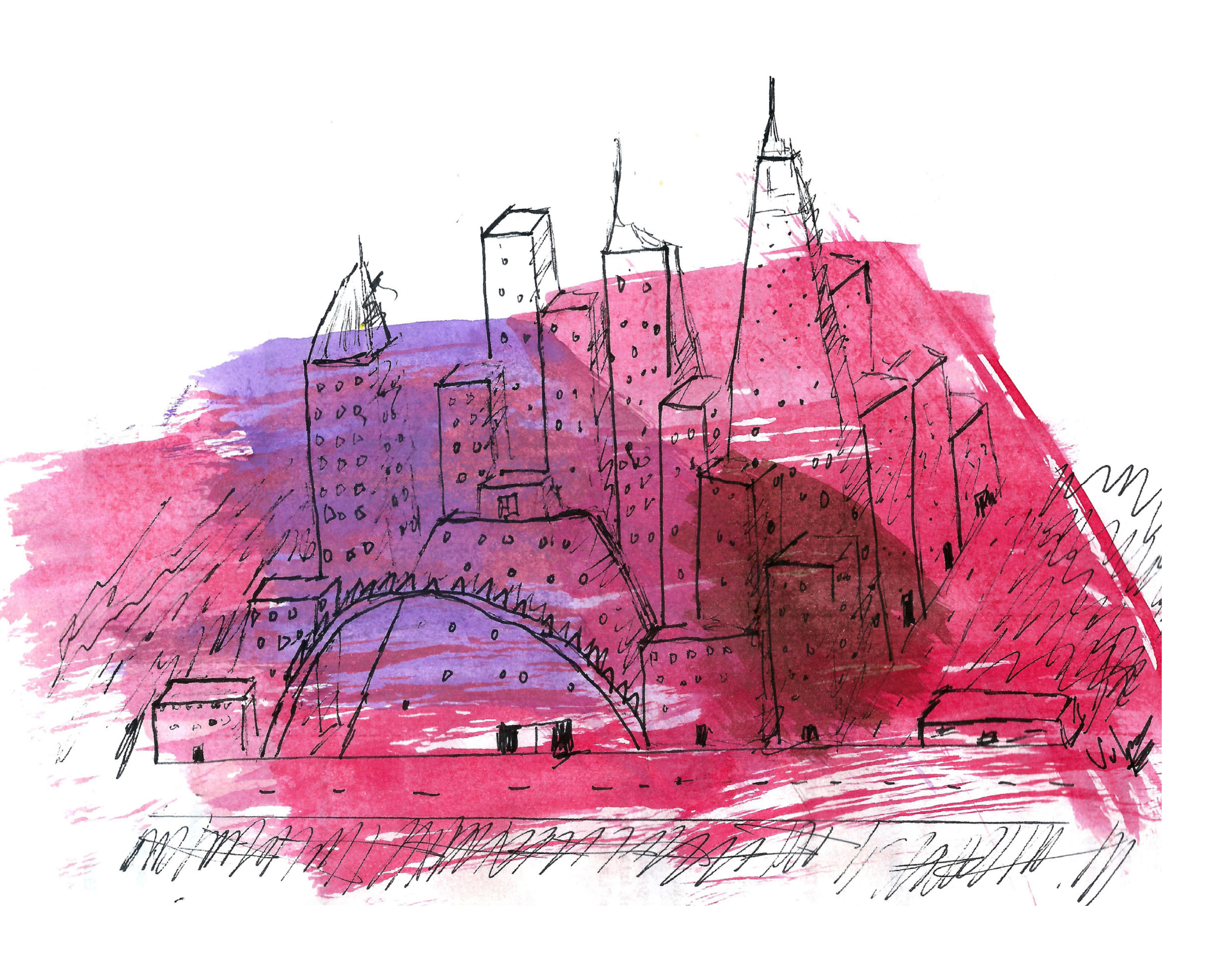
Autor e ilustraciones: Pablo Ricardo Silva Guadarrama
Peso del producto : 4.5 onzas
Tapa blanda : 43 páginas
ISBN-13 : 979-8567825198
Editorial : Independently published
(20 Noviembre 2020)
Idioma: : Español
ASIN : B08NW3X8PN


A mis sobrinos

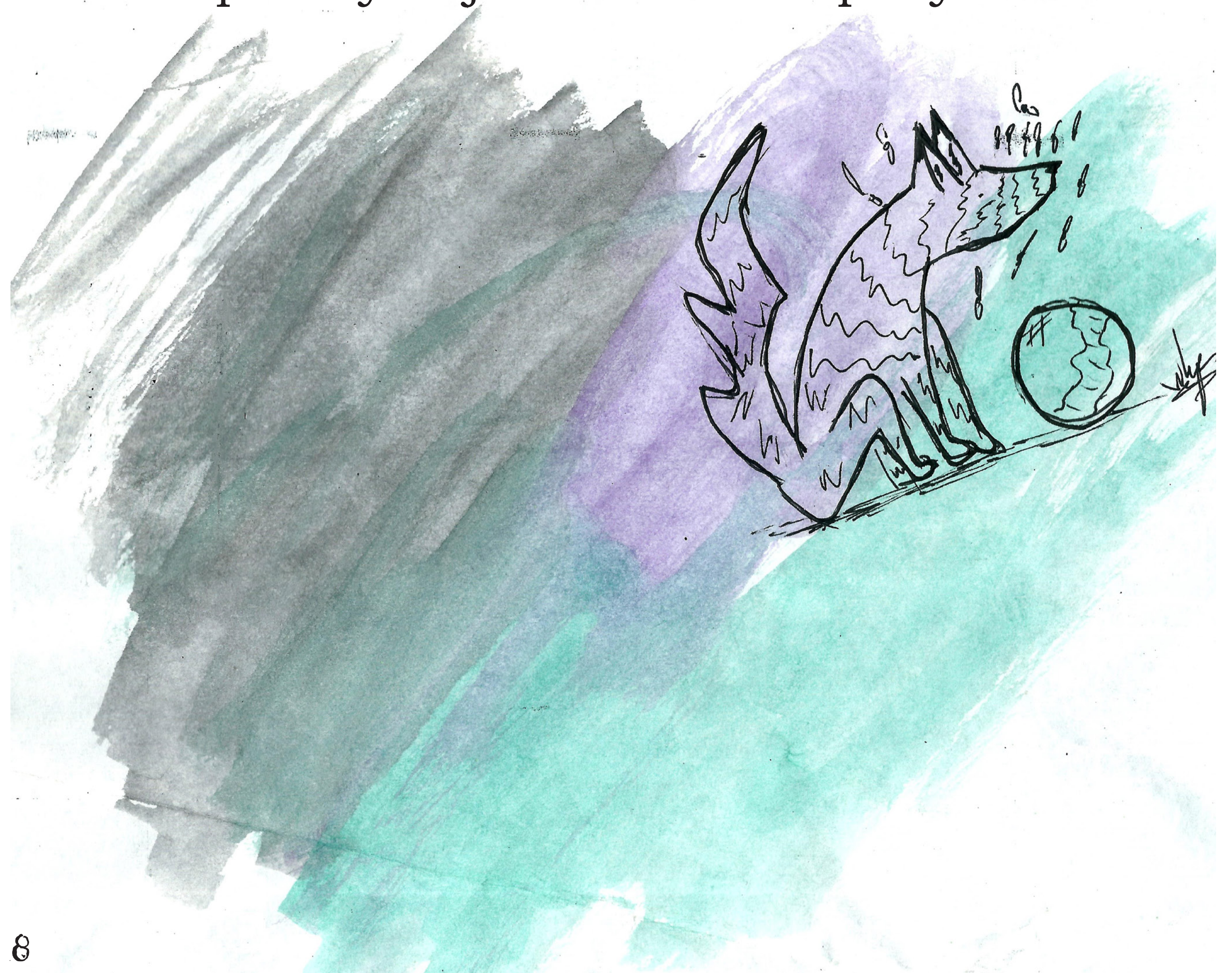
En esta alicaída noche, la ciudad me ha roto el corazón. Se divierte con cada pedazo confundido en medio de papeles de oficina. Me ordena apilar el trabajo que escapa temprano con rostros de burla. Pierde la gracia al entrar en una oscuridad de luces artificiales y humos grises de coladeras con reyes ratas y sultanas cucarachas.

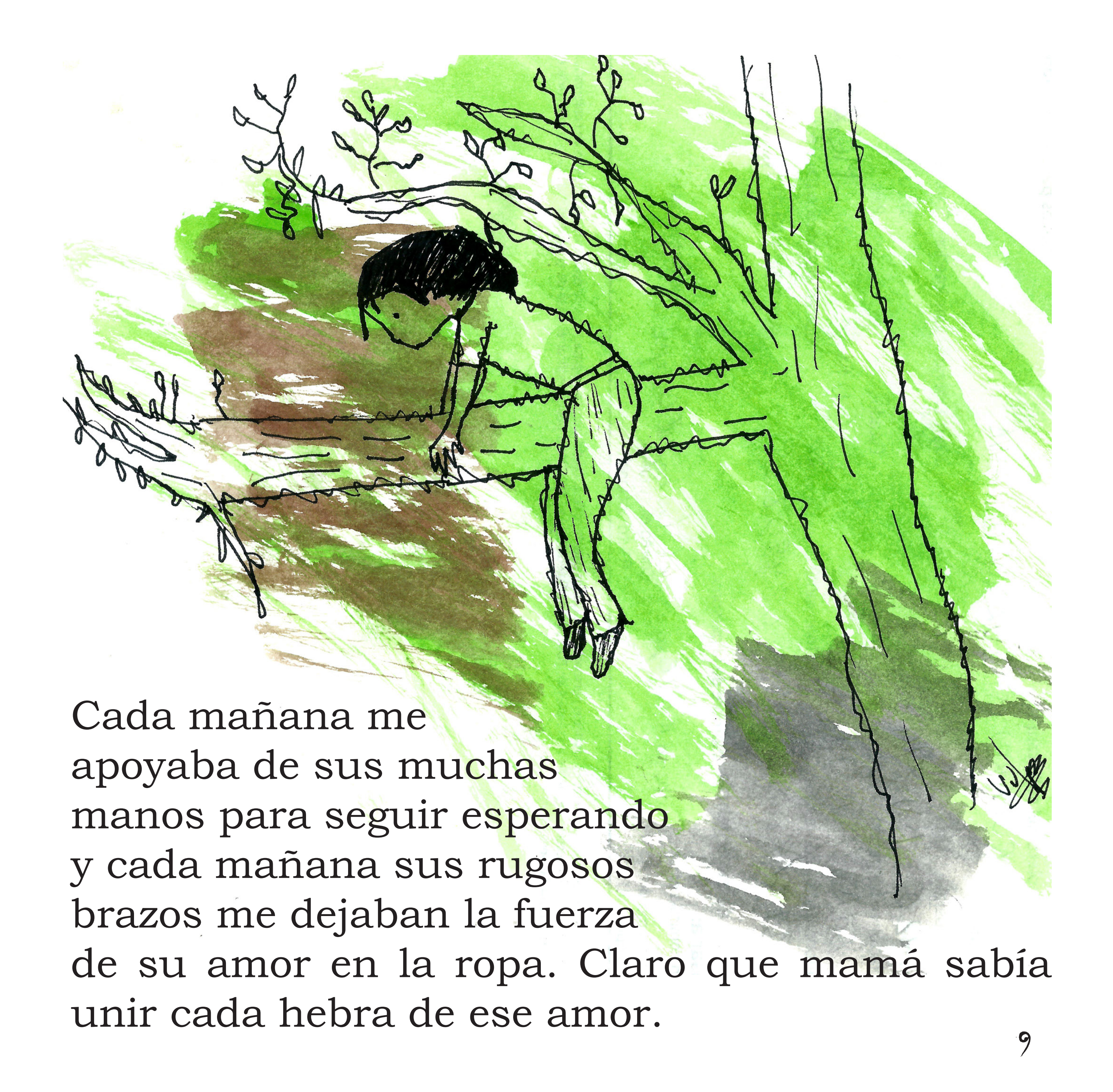
Yo me quedo a escribirte, sobre facturas, requisiciones y pólizas de seguro, un momento feliz: la catastrófica experiencia de ser un horrible y mocoso niño. No mentiré... nací niña.

¡No quiero a esta ciudad! El lugar dónde viví es mil, tres mil, un millón de veces más hermoso que aquí.



Esta hoja arrugada tiene el dibujo del más nítido recuerdo de mi memoria: mi casa poseía un perro lleno de moscas, arrinconado en un enorme patio y bajo un árbol al que yo subía.





Cada mañana me
apoyaba de sus muchas
manos para seguir esperando
y cada mañana sus rugosos
brazos me dejaban la fuerza
de su amor en la ropa. Claro que mamá sabía
unir cada hebra de ese amor.



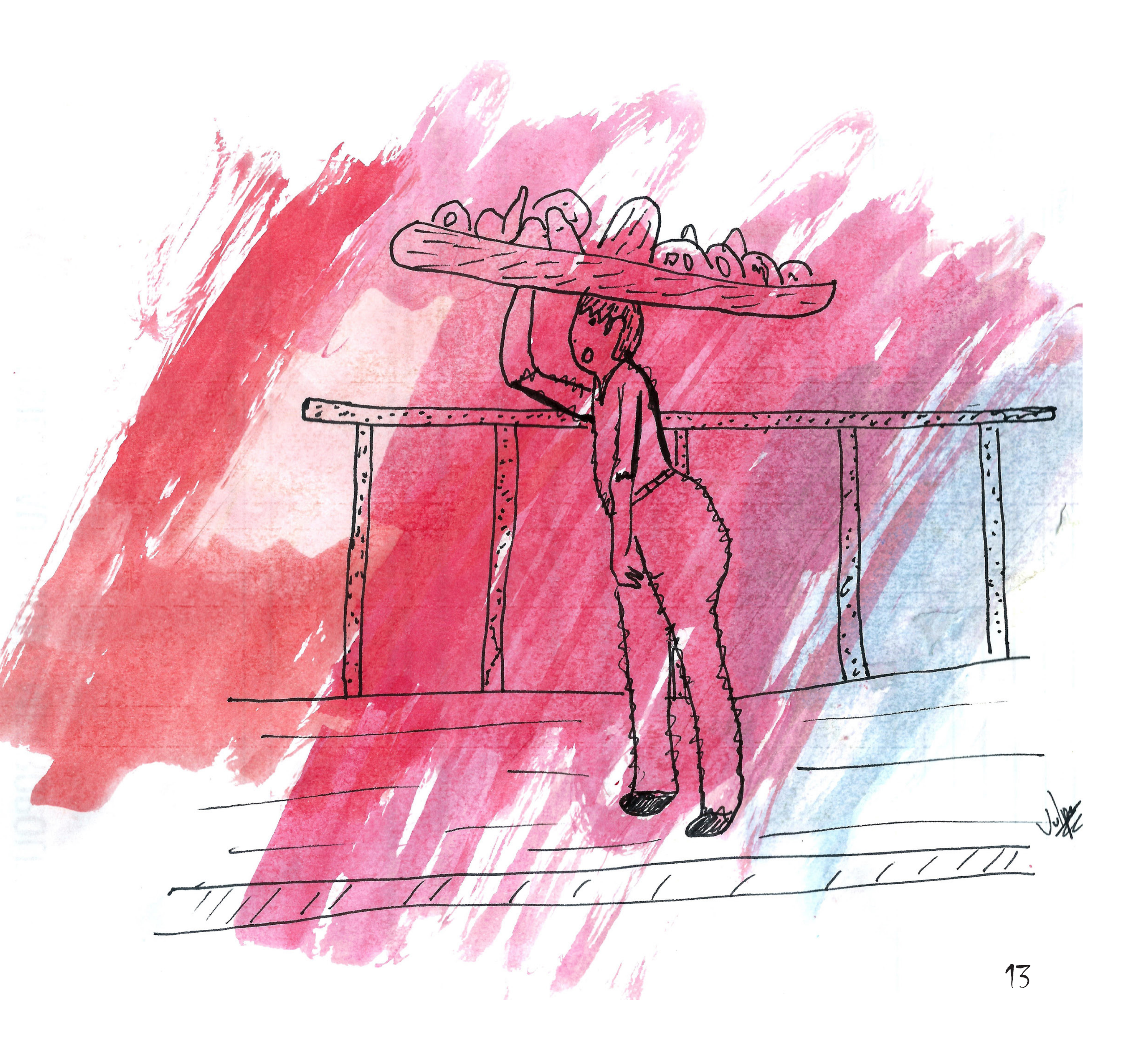
La mirada bajaba diarimente del árbol hacia la vida extinguida de las hormigas por las azarosas gallinas, las cuales reposaban su asesino trabajo para empollar sus huevos. Esta crueldad se apaciguada ante mis ojos por la ignorancia de creer que todos los animales eran mis amigos: las aves cuando cantaban para mi felicidad o deleite, y los perros al hidratar mi mano seca tras acariciarlos.

Me mentía a mí misma, al amarlos por igual como criaturas insuperables a cualquier creación imaginada por el hombre: aviones, trenes y cohetes eran ridículos al lado del perfecto chillar de un ratón recién nacido ¡Qué torpe cabeza tenía! El respirar de un animal significaba la perfecta coexistencia con sus iguales.

Mi casa estaba en un pueblo y daría todo lo que soy ahora por caminar en sus calles de tierra y piedra. Sentir las maravillosas ráfagas de viento ensuciar mi rostro y dientes. Oir los miles de oficios anunciados con sudor afuera de las casas: torneros, tortilleros, herreros, las carretas, los caballos, las mulas…

Los sonidos estaban para acariciarme el oído al decir —sin susurros— «te amo» con sus frases como ¡pan!, ¡tamales calientitos!, ¡se afilan cuchillos!, ¡agua!..

Sólo el silencio atesora mis lágrimas, porque en el silencio reside mi recuerdo más feliz. Esto me motiva a escribir: hablarte de mi amistad con él. Es una historia de aventuras, risas, disfraces, animales y la temible muerte que nada perdona.



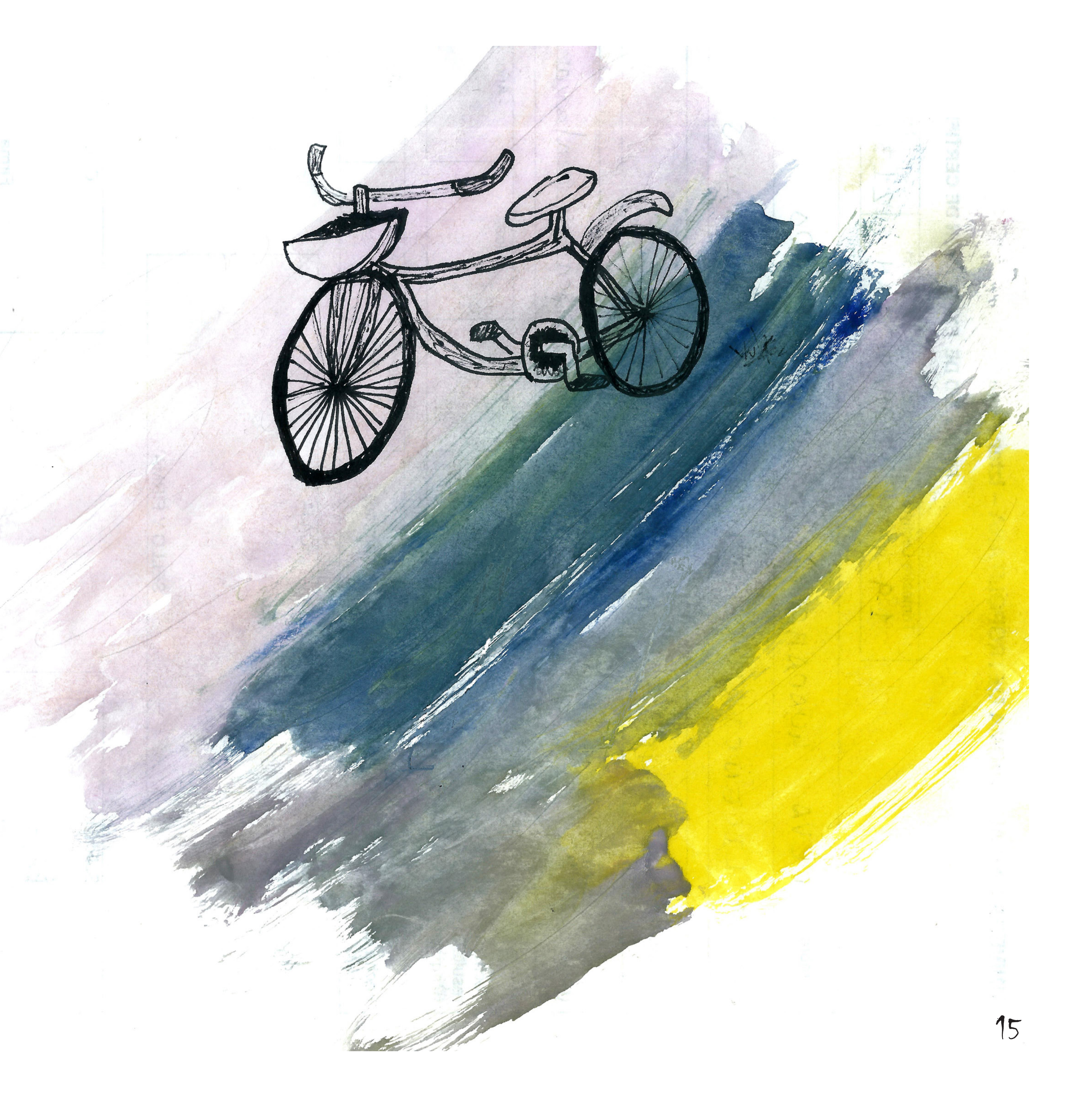


Yo tuve varias caras. Mas ésta fue la única que tuve de niña...

Mi amor era la bicicleta y nadie me derrotaba en ella.

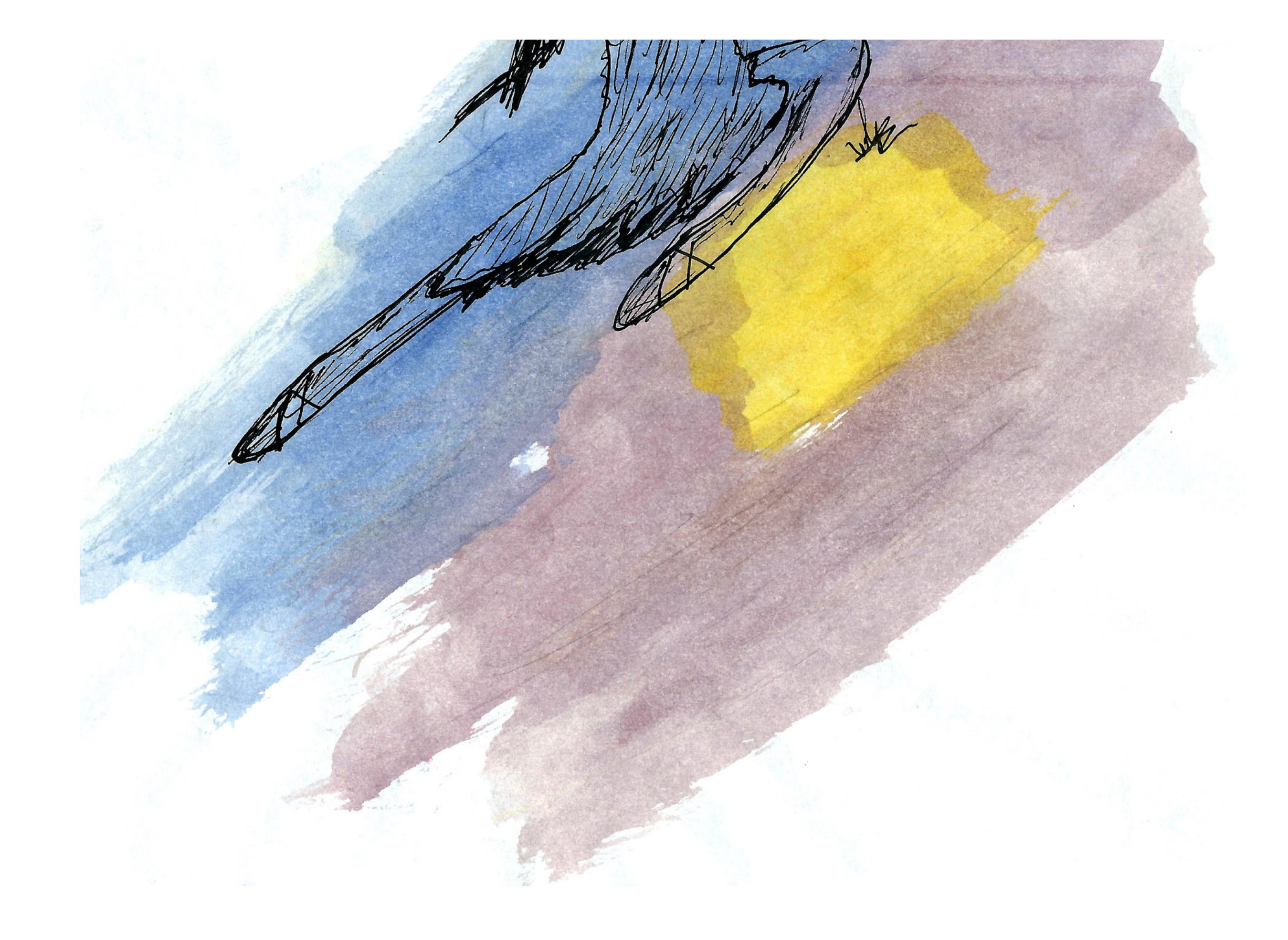
Los niños se inclinaban ante la voluntad de mis piernas, y las envidias comían el polvo cuando avanzaba. Todos los caminos eran míos; ni las rocas, ni la lluvia o el calor me detenían.

Amaba ir y venir sin pensar en las consecuencias de los castigos de mis padres. El peligro: el placer en el pedal.





Mi ser radicaba en el baile de mi cuerpo. Deseaba ser bailarina; poder estirarme y girar. Hacer puntas para tocar el cielo de un sueño tan cercano que me sentía en el proscenio de un teatro y admirada por un mundo de aplausos interminables.

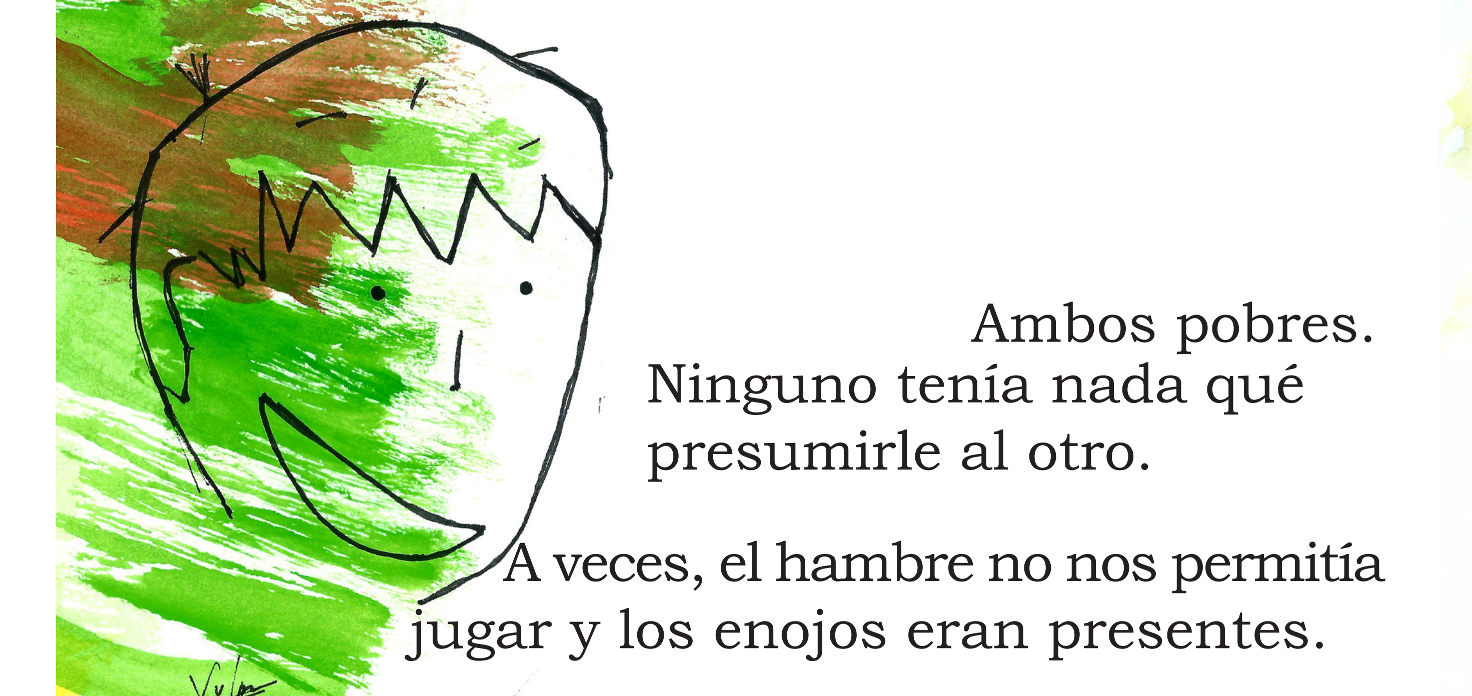


Los niños me respetaban, y las niñas me envidiaban. Nadie podía determe, sólo mis errores me lastimaban: caídas, raspones, sangre y pus. La vida misma era peligrosamente divertida.



Durante un juego, mi pelota de se fue al río. Un grito terrible me hizo caer al agua. Era un niño con una máscara de gorila. Él se convertiría en mi mejor amigo. Era sordo y tenía un gusto por lo grotesco: las tripas y los animales muertos eran lo único que tenía en la cabeza.





Ambos pobres.
Ninguno tenía nada qué presumirle al otro.

A veces, el hambre no nos permitía jugar y los enojos eran presentes.

Él no podía hablar —sólo gritar—, y su silencio era sumamente expresivo: movía las manos o dibujaba en la tierra todo lo que su voz no era capaz de pronunciar.

Yo le hablaba al oído para tener la misma intimidad. Nadie sabía o podía imaginar nuestras conversaciones.



Amaba las luciérnagas. Cuando su hermana le llevó a conocerlas, creyó que eran un milagro. Las estrellas bajaban y pedían iluminar la ropa y parecían tener la capacidad de ser hiladas en un traje de luz. Te preguntarás: si era mudo ¿cómo sabía todo esto? No lo recuerdo... Llegaba a ver sus ojos tamaño pistache, y en mi mente ya sabía lo que él pensaba.



Pero nunca amó a los animales sin brillo. Si podía les aventaba piedras. Ya he dicho que le gustaba verlos muertos, porque necesitaba ver qué tenían adentro. Eso no me gustaba. Me daba miedo y asco.

No era todo malo. Tenía la afición a hacer máscaras y disfraces. No importaba que fuera carnaval o no. Siempre tenía ideas locas en su cabeza para espantar a los niños.



Se llamaba Ricardo y al disfrazarse era difícil reconocer al niño tierno que era. Se convertía en: monstruo, brujo, o diablo, para atormentar a los hombres, mujeres y niños del pueblo.

Recogíamos basura como materiales para sus fines malévolos, y se emocionaba ante nuevos hallazgos de sus sucias aficiones.



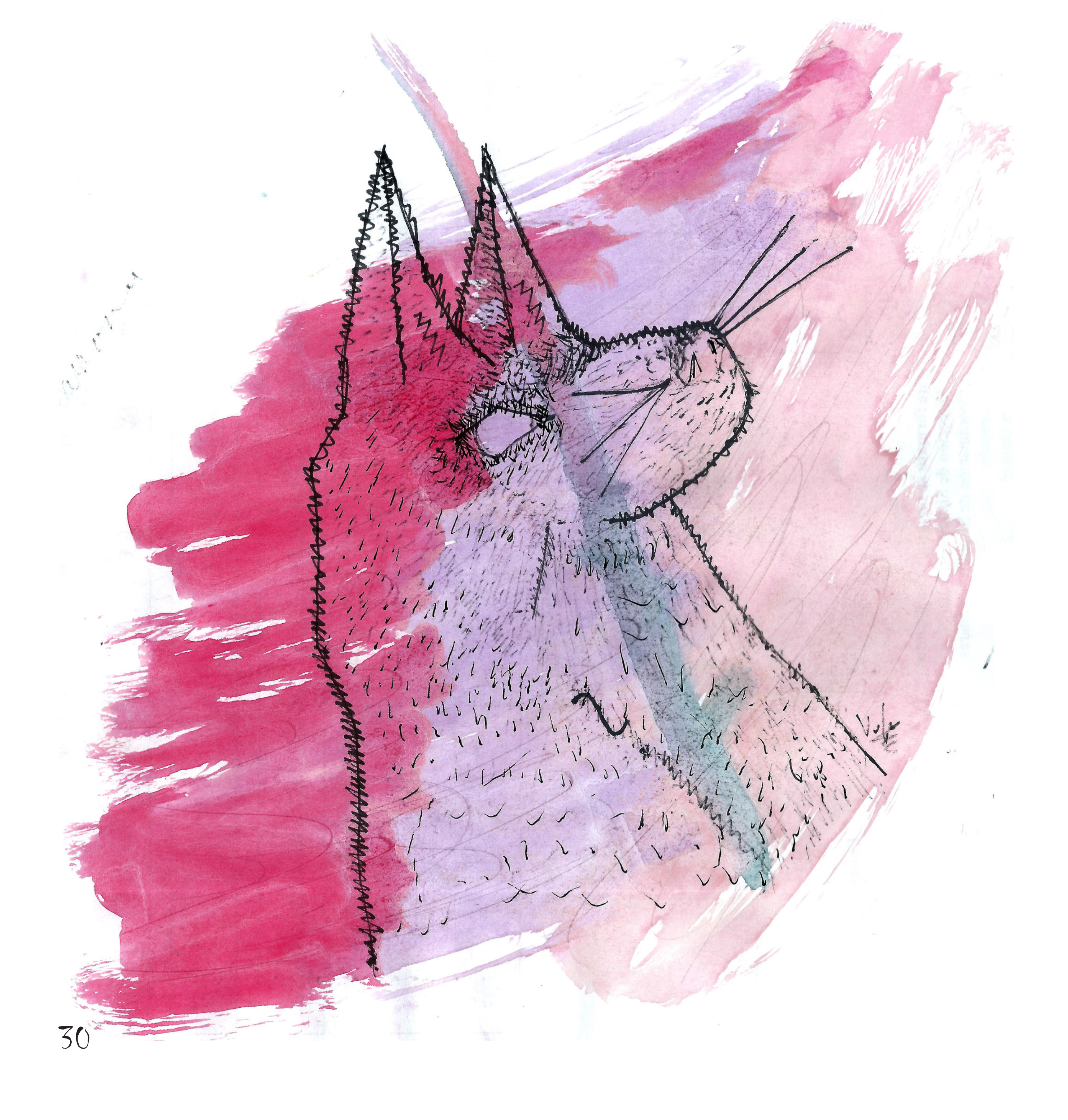
!Éramos amigos! Y yo actúe como cómplice de las aventuras más locas. Espantamos señoras y gatos. Mordimos el planeta y lo dejamos marcado con nuestros dientes falsos.



¡Destruimos todo! Porque sentíamos golpes de algún lugar oculto de nuestras carencias.

Tomamos como insginia a los dos animales que se persigen y matan en el monte, pero con dependencia el uno del otro: yo me puse el conejo y él, el zorro.

Cuando Ricardo murió, todos los zorros se convertieron en él…





Si alguna vez rosaste un pétalo en tus labios, sabrás amar a algún extraño. No necesitas permisos, dinero,poder, o un trabajo...

Ahí pensé que lo único necesario para amar es permitir mostrar tu corazón y ser admirado por otro.

Fue tan repentina su muerte. Un día lo busqué y su madre dijo que había fallecido...

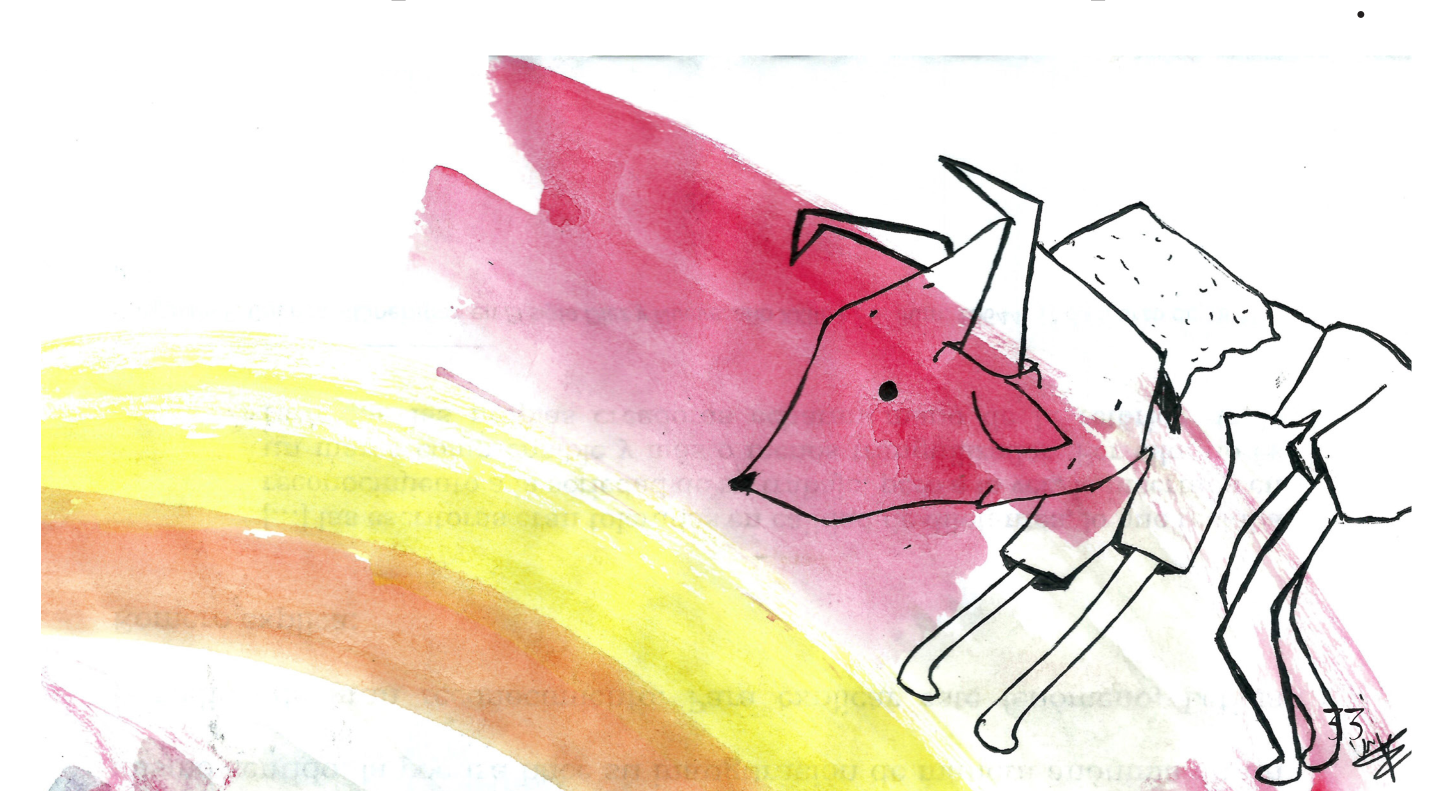
Nadie me explicó cómo. Yo salí corriendo y tiré piedras en el río donde lo conocí. Quizá saldría en cualquier momento y me espantaría, como siempre.

Regresé noche a mi casa y tomé una cabeza de toro que me hizo con cartón. Corrí por la calle y gritaba su nombre. Todos en el pueblo oyeron: **¡Ricardo! ¡Ricardo! ¡Ricardo! ¡Ricardo!**

¡Ricardo! ¡Ricardo! ¡Ricardo!

¡Ricardo! ¡Ricardo! ¡Ricardo!

Nadie respondió. Solo era una loca para ellos.







Derrotada caminé a mi casa, y un zorro mordía a algún animal detrás de un arbusto. Encontré a Ricardo de una manera inesperada. Tenía miedo de que me respondiera, si le preguntaba: ¿por qué te fuiste?, ¡no dijiste nada!, ¡me dejaste aquí, en medio del hambre y la pobreza!

Dudé en acercarme a ese animal tan oloroso. Sin embargo, yo indagaba sobre si en sus ojos podía ver el alma de mi amigo. No vi nada. Era un simple animal.

Se alzó en dos patas y olió mi mano. Un calosfrío recorrió mi cuerpo. Le pregunté por mi amigo. Su silencio me lo dijo todo. Entendí que él estaba bien y yo estaba sufriendo.

No sabía qué pensar. Posiblemente debería hacer algo, pero una niña loca como yo... nada podría hacer para regresarlo a la vida.





Puse las manos en mi cara y oí una voz preguntándome la razón de mi llanto. Me habría espantado al verlo... pero no abría mis ojos. Le contesté con indiferencia y rechazo. La insistencia me hizo mirar, después observé aterrada a un esqueleto surgir del suelo.

Poco a poco tomaba más forma, y la carne se le inscrustaba en su craneo, húmeros y tibias. La deformidad me abrazó. No salí huyendo del lugar, porque reconocí su abrazo...

«Pedí un deseo. Espantarte por última vez», dijo la voz de un cínico Ricardo, que por primera vez oía articulando palabras. «Es el peor deseo del mundo», respondí. E inmediatamente replicó: «No para mí. Esto es lo único que importa»



«¡Tú eres mi conejo! Yo te perseguiré donde vayas. Lero, lero... yuju, yuju, jajaja!!» Deseaba que se lo tomara en serio. Y, como si leyera la mente, dijo:



¡¡Nada puede ser serio, si estás muerto!!

Una carcajada feroz salió de su boca. En ese momento, yo lo abracé y pedí un deseo —si él pudo, yo tambien—.

De pronto se transformó en el niño que conocía. «Pedí un deseo: revivirte», susurré. «¡Boba! Revivo cada vez que me recuerdan. No sabes nada. Te amo, conejita. Debo irme, porque hay mucho trabajo por hacer. Gracias por compartir unos años de tu tiempo conmigo. Quisiera darte algo, pero ya lo debiste de haber tomado».



Fin